



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

25 de Enero de 1872.

Núm. 15.

ERROR Y ESPIACION.

—

I.

Murmuraciones cortesanas.

Era una mañana del mes de Mayo de 1661.

Los espaciosos salones del palacio del Buen-Retiro se hallaban materialmente invadidos por la numerosa corte que diariamente acudia á hacer homenaje al galante y caballeresco rey de España Felipe IV.

Grande era la animacion y el contento que entre los cortesanos reinaba, y no habia para menos, pues la corte de España estaba siempre en perpétua fiesta, y cuando no eran saraos eran cacerías ó toros y cañas las que el faustoso monarca brindaba á su nobleza. ¡Qué importaba que España estuviese mal gobernada, que se perdiera Portugal, que estuviese á pique de perderse Cataluña, que se abandonasen los Países Bajos, que se dilapidasen los fondos públicos! ¡qué importaba todo eso si el monarca se divertia, si el monarca gozaba galanteando á las hermosas damas que como objetos venales se exhibian en sus fiestas, si el monarca gozaba rodeado de poetas y de falsos políticos, que, como Olivares, arruinaban el

reino, inutilizando sus preciosos elementos de producción y riqueza! ¿Qué importaba todo eso? El rey se divertia, y el pueblo no tenia derecho á quejarse aunque proporcionara todas esas diversiones con sus lágrimas y su sangre.

Felipe IV, cuyo carácter indolente le hacia apto solo para los placeres sensuales ó para los goces del espíritu, estraña mezcla de una naturaleza fuerte y vigorosa como la suya; pasaba su tiempo entregado á galanteos y á trabajos puramente literarios. El gobierno quedaba esclusivamente para su ministro, y de ahí que, la reprobacion general haya caido en primer lugar sobre el conde-duque de Olivares, que fué el que colocó la nacion en el mísero estado en que la encontró su sobrino y sucesor don Luis de Haro. Este, que era otro político de la escuela de Olivares, aunque menos optimista que su antecesor, educaba en las mismas máximas á su primogénito el marqués de Lichen, que esperaba le sucederia algun dia. Dada esta ligera idea del estado en que se encontraba España en la época en que ocurrió el drama que vamos á narrar, dejaremos ya la forma histórica para tomar la novelesca.

El lujo y opulencia resaltaba no solo en el artístico decorado y mueblaje de la mansion real, sino que tambien en el atavío de los caballeros que poblaban las antesalas del Buen-Retiro.

Un grupo de ellos, entre los que sobresalía un hermoso mancebo de unos veinticuatro años, que llevaba la cruz de Santiago bordada en su ropilla y ferreruelo, departían amigablemente en un extremo del salón.

—Dígoos, señores, decía el santiagouista, que el rey no hace caso de las opiniones que el cardenal Sandoval emite en el consejo, y se inclina más á las de mi padre, en cuya rectitud de principios ha confiado siempre. Por esa causa D. Luis de Sandoval, el sobrino del canciller mayor de Castilla, se opone á que su hermana doña Blanca sea mi esposa, mas yo juro por Santiago mi patron, que aun oponiéndose el cardenal, D. Luis su sobrino y todos los Sandovalés habidos y por haber, doña Blanca ha de ser mia.

—Mucho siento, querido marqués, disentir de tu opinion, contestó uno de los caballeros del círculo, pero á fé de Alvaro de Mendoza, sostendré siempre que la influencia de los Sandovalés es más de la que crees, pues el cardenal ejerce gran predominio sobre la reina, y esta, ya sabeis, señores, que no es tan sencilla ni tan nula en política como Isabel de Borbon, lo que para mí significa que D. Luis de Haro tiene en el cardenal un enemigo tan diplomático como él.

—Tranquilo está mi padre apesar de todo, repuso el marqués, mientras tenga la confianza del rey y goce su favor: poco le importará el ascendiente que el cardenal pueda tener con la reina.

—Es lo cierto, dijo uno de los caballeros, que D. Luis goza aun del mismo favor, y lo prueba el nombramiento de coronel de la guardia española que el rey acaba de conceder al marqués.

—Sea para bien, marqués; dijeron todos los demás del corro dando la mano al marqués de Lichen, que no era otro que el caballero santiagouista que llevaba la palabra.

—Gracias señores, contestaba el marqués estrechando la mano á todos; gracias, pero es preciso que os advierta que he aceptado el cargo pero no el sueldo, porque por ahora no pienso ponerme al frente de mi regimiento.

—De todos modos, marqués, dijo el que habia dado la noticia, es una merced distinguidísima la que os ha concedido el monarca, pues allí teneis á D. Diego de Luna, el primogénito del conde de Fuentes, y no es más que capitán del mismo cuerpo, y eso que su padre es uno de los más antiguos y distinguidos generales de Felipe IV.

—Lo que no impide que el antiguo y distinguido general haya sido derrotado en Rocroy por el príncipe de Condé, y que su hijo D. Diego fuera el primero en tocar retirada con su compañía de valientes soldados de los viejos tercios de Flandes.

—Calla, marqués, dijo D. Alvaro de Mendoza, ese tenguaje no sienta bien en tus labios. D. Diego de Luna ha sido tu rival en las pretensiones amorosas que ha tenido con doña Blanca de Sandoval, y podrian creer que era el despecho el que ponía el sarcasmo en boca de un amante desairado.

—Mendoza, me provocas, dijo impetuosamente el marqués, Doña Blanca me ama, y á mí solo, ¿lo oyes?

—Dispénsame que me resista á creerlo.

—No puedes dudar de mí.

—No, pero en asuntos de amores todos vamos más allá de lo que la realidad nos promete como cierto.

—Repito que doña Blanca me ama á mí solo, dijo el marqués levantando la voz.

—Sobre eso hay mucho que hablar, marqués, dijo el que antes habia tomado la palabra.

—¿Y me hareis el favor señor D. Juan de Osorio de decirme dónde y cómo podremos hacerlo los dos, porque es punto que me interesa muchísimo?

—En el baile de esta noche podremos, si os place, marqués, dilucidar ese asunto paseando por los amenos bosquecillos del Buen-Retiro.

—No me desagrada esa idea. A media noche en punto, me tendreis á vuestra disposicion junto al estanque, desde donde podremos dirigirnos donde mejor os acomode.

—Eso será si yo no te necesito, dijo don Alvaro de Mendoza dirigiéndose al marqués.

—¿Tan urgente es tu asunto? preguntó éste.

—Tanto ó más que el tuyo, y para acudir á él es preciso que antes te entere de algunos pormenores, lo que haré si me acompañas á mi habitacion, pues ya sabes que estoy de servicio, aunque en este momento por petición propia está desempeñando mi puesto D. Diego de Luna.

—No tengo inconveniente, porque ya sabes, Mendoza, que mi bolsa y mi espada están á tu disposicion en todo, como yo cuento con las tuyas.

—Señores, con vuestro permiso, dijo Mendoza dirigiéndose á todo el corro, y añadió tendiendo la mano á D. Juan de Osorio.—D. Juan si no encontráis esta noche al marqués en el sitio que habeis convenido, es

que yo le retendré todavía en mi poder, no le tacheis de informal, desde ahora os lo prevengo, pues por la parte que yo tendré en ello podría resentirme. Vamos, marqués.

Y el marqués de Lichen y D. Alvaro de Mendoza se separaron del grupo, y asidos del brazo se perdieron entre la multitud que, ora paseando, ora formando corrillos, poblaba las antesalas del rey.

El en que habia ocurrido la conversacion que hemos transcrito, continuó del mismo modo: D. Juan de Osorio llevaba en él la palabra.

—Es linda cosa, señores, que tengamos que rendir párias á ese presuntuoso marqués, porque es hijo del ministro. Y su inseparable amigo Mendoza que no le deja á sol ni á sombra. ¿Si tambien querrá ser ministro?

—Sois muy malicioso, señor D. Juan, dijo un caballero que formaba parte de otro corrillo inmediato y que habia oido las anteriores palabras.

—Observad, señor D. Luis de Sandoval, contestó Osorio, que se trata del marqués de Lichen, el que pretende ser vuestro cuñado.

—No me he opuesto nunca á que lo fuera, dijo Sandoval; si mi hermana le quiere y acepta por esposo, nada tengo que objetar á esa union. Los Haro pueden entroncar con los Sandoval sin que estos pierdan nada.

—¡Ah! yo creia que...

—Pues creiais mal D. Juan, porque nunca os he dado derecho á que interpretarais mis pensamientos.

—Dispensad, D. Luis, no creia ofenderos.

—No me ofendeis, D. Juan, pues siempre os consideraré mi amigo, y en prueba de ello os invito para que asistais mañana á una partida de caza que doy en mi coto de Pinto, y lo mismo á todos estos caballeros.

—Gracias, D. Luis, aceptamos, contestaron todos saludando.

—Ahora me permitireis que me separe de vosotros. Los deberes de mi cargo me obligan á estar al lado del rey. El consejo debe de haber concluido y yo aun no he ido á tomar las órdenes de su majestad.

—Podeis marchar sin cuñados, D. Luis, respondió D. Juan tendiéndole la mano, estos caballeros y yo quedamos reconocidos á vuestra amable invitacion.

Y saludándose recíprocamente D. Luis de Sandoval se marchó del grupo que habia formado parte y del vecino en cuya conversacion habia terciado. D. Juan de Osorio continuó:

—Habeis observado señores qué cambio tan repentino el del escudero mayor del rey, dijo Osorio, antes tan opuesto al galanteo de su hermana con el marqués y ahora tan propicio. ¿Dónde encontrar la esplicacion de este enigma?

—¿Dónde? ¿dónde? Mirad, dijo uno de los del grupo.

—¡Qué veo! D. Luis de Haro y el cardenal de Sandoval en familiar conversacion. Creo que ya lo comprendo todo.

En efecto, el anciano D. Luis de Haro con su toison al cuello, entraba en la antesala del rey, acompañado del purpurado canciller de Castilla, su antagonista político.

Entre el ministro y el cardenal parecia reinar la mejor armonia, ambos saludaban afablemente á aquellos de sus partidarios y amigos que encontraban al paso, dirigiéndose á la puerta de salida.

—Voy á observar, dijo D. Juan, y se perdió entre los grupos.

El consejo habia concluido, pues se retiraban ya el ministro y el canciller que asistian siempre á todas sus sesiones.

—El rey, señores, anunció el gentil-hombre desde la puerta.

Felipe IV salió de su cámara. Todos los que habia en la antesala rodearon al monarca que les dirigió algunas frases á los mas cercanos, y seguido de ellos tomó la direccion de la cámara de la reina.

—Me habeis dicho que doña Margarita de Guevara está de servicio en la cámara de la reina, preguntó el rey al gentil hombre de servicio, que ya sabemos era D. Diego de Luna.

—Así es, señor.

—¿Y D. Luis de Sandoval?

—A ido á cumplir las órdenes de vuestra magestad.

—Pues avisadme cuando vuelva.

—Será vuestra magestad obedecida.

Felipe IV, muy risueño y muy ágil, apesar de sus cincuenta años, se dirigió á la cámara de la reina á saludar á su esposa.

—Señores, dijo antes á los cortesanos, la reina os dispensa hoy de que vayais á hacerle la corte, y yo os necesito en otra parte; id al teatro á preparar el ensayo. Y los despidió políticamente.

D. Juan de Osorio, que ya estaba de regreso de su exploracion, hacia para sí esta reflexion:

—El cardenal y el ministro son ya amigos, han marchado en una misma carroza, es decir, el cardenal ha despedido la suya y se ha metido con su nuevo amigo de los del de Hara. Un misterio. D. Luis de Sando-

val casi defendiendo al marqués y autorizando el galanteo de este con su hermana. Otro misterio. El rey despidiendo á sus cortesanos para visitar solo á la reina. Otro misterio. Pues señor, es preciso que yo hable cuando antes con D. Diego de Luna. ¿Y cómo avisarle? ¡Ah! yo, con la mayor facilidad.

Don Juan fué hacia una mesa en donde habia recado completo de escribir, trazó unas cuantas palabras en un papel, le dobló, puso un pequeño sello de cera derretida sobre él, y llamó á un ugiere de los que habia en el salon.

Este pliego para D. Diego de Luna; pronto, real servicio, dijo entregándoselo.

El ugiere saludó respetuosamente, y salió. —Ahora, á observar, dijo Osorio, y salió de la antecámara real, tomando la direccion del teatro.

Cinco minutos despues, enterado D. Diego de Luna del contenido del pliego que le entregó el ugiere, dijo á este:

—Avisad á D. Alvaro de Mendoza que venga á ocupar su puesto, que yo tengo que desempeñar cierta comision reservada.

Un cuarto de hora ha trascurrido y don Alvaro, acompañado aun de su amigo el maqués relevaba á D. Diego.

—Gracias, Mendoza, dijo este estrechándole la mano.

Y partió haciéndole un ceremonioso saludo al marqués.

¿Qué tendrá que participarme Osorio? se decia Luna por el camino.

SALVADOR MARIA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

MATIAS.

Matias, el estudiante
de mas saber y mas brio
que han tratado los doctores
y los bedeles temido,
porque además de argumentos
usa unos puños divinos,
repassando está la carta
que con renglones tórcidos

á Isabel, luz de su alma,
la noche anterior á escrito.

«Adios y que te diviertas;
»ya no he de volverte á ver,
»y por Cristo, que no es broma:
»como otra vez, esta vez
»tú eras la luz de mi vida,
»eras mi amparo y mi bien,
»porque eras sobre la tierra
»la sola muger que amé,
»y tú, á traicion me has herido
»el corazon, Isabel.
»¿Mas qué mucho que traidora
»obraras, siendo muger?
»malditas, ¡todas iguales!
»todas lo mismo teneis
»el alma dentro del cofre
»y el corazon en los pies.
»Y á propósito de alma;
»aquella que te entregué
»y me devuelves, la mando
»para que la laves bien,
»que era blanca y me la has vuelto
»con manchas de sangre y hiel.
»Debajo de tus balcones
»pasaba noches en pie
»á suspiros (y estornudos)
»estremeciendo el cuartel.
»¡Cuántas veces el sereno
»(un empleado soez),
»al enseñarme la cara
»me enseñó el chuzo tambien!
»y el tímido trasnochante
»corriendo á todo correr,
»huia de mí escondiendo;
»el cigarro de papel,
»temiendo que le *abizase*
»con pretesto de encender.
»Y te hice versos tiernísimos
»tan dulces como la miel;
»mas de todo me arrepiento
»por siempre jamás, amen.
»Si me encuentras en la calle
»harásme mucha merced

»con mirarme poco y mal
 »ó fingir que no me ves,
 »conque hasta nunca.

MATIAS.

»Alcalá de Henares, tres
 »de Noviembre, año de mil
 »setecientos diez y seis.»

Esto escribió el estudiante,
 y llamando á un mozo, dijo
 que remitiese al momento
 el papel á su destino.
 Y con los puños crispados,
 secos los labios y lívidos,
 hecha pedazos su alma
 y su corazón podrido,
 en el mal revuelto lecho
 cayó de bruces mohino,
 tapó el rostro con la almohada
 y lloró como un chiquillo.

NARCISO SERRA.

UN DIA DE OCIOS.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(TRADUCCION.)

MEDITACIONES.

(Continuación.)

He reflexionado en esta oración del arte de describir con viveza la palabra, y esta me recuerda precisamente y á propósito, uno de los cuadros mas espirituales de Eduardo Girardet: el que se titula *La lección de lectura*, cuya reproducción puede encontrarse por todas partes.

Nos hallamos en la Suiza, en Brientz; una abuela ensaya hacer nombrar las letras del alfabeto á su nieto, pero el niño se obstina en no querer reconocer esos signos abstractos que la tradición atribuye á Cadmus. La anciana señora que ya ha agotado todas las fórmulas de la escitación, y

de la ternura, al fin se indigna. La pertinaz obstinación del escolar, ha tomado su partido de evidente resistencia. El paquete de las ovejas está solemnemente colocado sobre la mesa, y el dedo de la anciana, enérgicamente indicativo, ordena al niño entre nombrar las letras, ó el castigo prometido. Pero el niño se frota la cabeza y duda. La pregunta es para él mas grave que la espuesta por Hanalet: *To be or not to be* (Ser ó no ser).

— ¡Pronto! bribon, repite exasperada la abuela, ¡pronto, las letras ó las disciplinas!

¡Ah! ¡tened piedad, anciana señora! para nombrar las letras es preciso verlas, y el pobre niño no las vé; porque entre el abecedario y sus ojos, se interponen imágenes que le ocultan en absoluto, como las montañas os esconden el vecino valle.

¿No veis, señora, que por una parte está el perro del buen arrendador, Oberon, que á vuestro nieto le sirve de caballo, el que está á la puerta ahullando dulcemente como llamándole?

¿No veis mas allá, al través de los cristales de la ventana un foso, y en él un majuelo, que ostenta su encarnado fruto, con las que confecciona vuestro nieto Fritz, collares de coral, brazaletes y coronas?

Además hay delante del umbral de vuestra casa un arroyuelo que vos ois murmurar, y en el que Fritz ha botado una barquita construida con tres hojas de sicómoro cagada con arena, y á este le sucede como á todos los armadores, que temen por sus navíos.

Hay, en fin, en las hendiduras de un derruido muro, espesuras de resedá, cuyo perfume os llega, y de las que el niño se ha prometido coger para hacerlos un ramillete; ¡y cuántos otros mas motivos de distracción hay aun, anciana señora! El viento que ahueca los pliegues de vuestras mangas, los gritos de las golondrinas que anidan en lo alto de las chimeas, los mil insectos que zumban en ese rayo de sol, las hierbas del foso, y los guijarros del camino.

Quitad todo eso que turba la imaginación de Fritz, y él verá las letras y las nombrará.

¿Habreis escogido acaso mala hora?

Dejad á su pensamiento pasearse libremente por medio de todas esas encantadoras imágenes, porque el niño llega á la vida como á un país desconocido. Para él todo es nuevo, todo atrae su curiosidad: la creación se aparece á sus ojos como se aparece á los vuestros las maravillas de un cuento de hadas.

Permitidle que él las vea, las admire, que las sienta y que las escuche. ¡Ay de mí! No habreis visto por ventura alguna vez, á un saltamontes traidoramente encarcelado por algún niño en una nuez abierta?

El pobre se agita, se estremece, y no puede aceptar su prision, porque necesita y aspira al sol y á los espacios.

Y bien, Fritz se le asemeja, abuelita, y vuestra leccion es la cáscara de nuez.

Despues, el niño tiene el instinto que le advierte la senda en la que se le quiere empujar, pues la primer enseñanza es el principio de largas luchas, y de esfuerzos incansables y encarnizados.

Desde que dá un solo paso en esa via, el niño no es niño, es un aprendiz de hombre.

En una ocasion una madre se esforzaba en mi presencia en dar la primer leccion de lectura á su hijo, ella le mostraba el alfabeto nombrándole los caracteres impresos para hacerselos repetir, pero el niño guardó silencio.

—Di siquiera una, y volverás á tus juegos, isistió la madre. El niño sacudió su cabeza en señal de negativa,

—¡Vamos! mira, nada mas que una, repetia el dulce maestro, una sola, la primera... dí despues que yo: *á*.

—No; murmuró el retraido estudiante, sobre todo la *á*, es la que no quiero decir.

—¿Y por qué?

—Porque despues de la *á* está la *ò*.

¡Para todos, Dios mio, grandes y pequeños, doctos é ignorantes, en este ejemplo en efecto, se vé la fragilidad humana. Cuando estamos cerca de cada conquista de la inteligencia, se hace preciso emprender otra mas vasta, más difícil, y á medida que uno se apresura á avanzar, el horizonte retrocede, llegando á desesperar muchas veces esta aparente impotencia del átomo en persecucion del infinito!

ELENA CERRADA.

(Se concluirá.)

LA APARICION DEL MENDIGO.

—¿Quién eres, vaga vision, que informe te me apareces y dulcemente estremeces las fibras del corazon?

Quién eres? ¡Nunca te ví!

—Siempre junto á tí me hallé, tus lágrimas enjugué tu miseria socorrí.

—¡Cómo! Eras tú quien un dia oyó mi triste lamento, detuvo el coche un momento, se enteró de mi agonía, y su bolsa me ofreció que vino en trance harto triste? No, tu no me socorriste; fué un noble anciano.

—Era yo!

—¡Necio yo si tal creyera! Y faiste tú aquella hermana que me encontré una mañana velando á mi cabecera?

—Sí,

—Y quien acudió á mi esposa que en otro lecho moria?

—Tambien.

—Deja que me ria...

No fué vision vaporosa Quien tanto bien me ofreció.

Yo en aquellos alentaba torpe tu instinto andaba cuando en ellos no me vió.

—¿Quién eres pues?

—Quien te dá consuelo, hogar, alimento, y para darte sustento nunca obstáculo hallará.

—¿Rica eres?

—Pobre nací, y vivo junto al mendigo, mas si el rico me dá abrigo aun gana en tenerme á mí.

—Nombre tienes?

—Tengo nombre y pobre del que le ignora!

—Muestra el rostro.

—Ni el que llora logra verle y no te asombre.

—No es hermoso?

—Mi ventura

no está en lisonja mentida,
y cuanto mas escondida
mas resalta mi hermosura.

—Basta, no prosigas, no,
Santa enviada del cielo,
virtud única que el suelo
con su lodo no manchó!

Bendita tú que aun imprimes
el bien en el corazón,
y emblema de bendición
al pobre mortal redimes!
Te conozco; y por piedad
déjense de tí ir en pos...

Eres santa hija de Dios,
y te llamas CARIDAD!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LA MUJER Y LAS FLORES.

(Continuacion.)

—Yo sencilla y pobre flor de la familia de las *Asparageas* ó *Esmilactneas*, no tengo mérito mas que para causar la impresion de un momento. Despues tendré que sufrir quizá que la desesperacion me mate. Tú, *Anémoma*, de la familia de las *Ranunculáceas*, tercera tribu de las *Anemóneas*, gozarás mas que yo en el mundo; empero tus defectos te harán considerar por algunos como peligrosa. Y en cuanto á tí, *Vainilla*, que perteneces á la familia de las *Orquídeas*, tus buenas cualidades y tu perfume te harán ser mas apreciada que ninguna de las tres que la casualidad nos ha reunido esta noche. Vereis como se cumple mi profecía.

Acababa apenas Jadibel de contar al baron aquella confidencia íntima de tres flores, cuando algunas personas entraron en el comedor.

Dos jóvenes se sentaron en el sitio que poco antes habian ocupado las dos damas, y maquinalmente cogieron las tres flores que se veian sueltas sobre la mesa.

—Cecilia, por fin murió anteayer. No pu-

do resistir mas tiempo la prematura muerte de su primo Leon, muerto como sabes en la brecha de Constantina, combatiendo como un héroe. En el pequeño Picpus la consideraban como una santa, dijo el uno.

—Pues anteayer todo han sido desastres, dijo el otro. La querida de Rissel el actor mimado del público del teatro francés, aseguran que se ha envenenado con ácido benzoico que ella misma dicen estraia de una flor.

—Pues oye lo que dice *El Diario de los Debates*, repuso el primero leyendo un periódico que habia tomado de un aparador inmediato, dónde distraidamente lo habia dejado alguno.

«Las noticias de la Martinica nos participan una inaudita venganza realizada por un receloso descendiente de la raza africana. El rico cultivador Mr. Orgou, aunque natural del pais, era hijo de padre negro. Casado con la bella señorita Cornelia de... encontrándose viejo y nada seductor, empezó á sentir horribles celos, fundados segun algunos, é infundados segun los mas. Orgou padecia terribles ataques de gota, para combatir los cuales le habian propinado los médicos cataplasmas de hojas de Anémoma, que como es sabido son cáusticas. El celoso mulato presintiendo su fin próximo y no queriendo dejar en el mundo á su jóven esposa, se aprovechó de su sueño para introducirle con una pequeña geringuilla por narices y oidos, el ácido anemónico producto de la misma planta. Como era consiguiente, á los dos ó tres dias falleció víctima de horribles dolores la desgraciada Cornelia, y pocas horas despues la seguia su marido, dejando una declaracion escrita de su puño y dirigida á las autoridades, revelando la causa que habia producido la repentina muerte de la jóven, asi como los motivos que le impulsaron á cometer crimen tan atroz.»

Hubo un momento de silencio. Los dos secretarios que no habian perdido ni una palabra de aquel diálogo como del anterior, se dirigian mútuas miradas de inteligencia.

—¿Qué flores son esas?

—No lo sé, contestó el otro.

—Dámelas Yo sé algo de Botánica.

—Toma.

—Diantre! esta es una Anémoma. La voy á recojer para hacer con sus hojas un cataplasma á mi podenco favorito, que dice el veterinario padece dolores reumáticos.

Y la guardó en uno de los bolsillos de su chaleco.

—Esta otra es la preciosa Vainilla. Tú que eres tan aficionado al chocolate, tómala y que tu cocinero reduciéndola á polvo les eche un poquito de ellos, y verás qué buen sabor tiene.

Y le dió la flor al otro que también se la guardó.

—Esta otra prosiguió, es la Dianella, flor que en las primeras horas exhala un aroma parecido al del Jazmin, pero que en este momento no huele á nada, por lo que cree ocioso el conservarla, pues ninguna aplicacion se le conoce.

Y la tiró al suelo y puso su pié sobre ella.

—Pobres flores y pobres mujeres, dijo el baron mirando tristemente á su amigo. Deseo me conteis la otra tradicion de vuestro pais que me teneis ofrecida.

—Sí, pues escuchad.

—Con atencion os oigo.

Jadihel empezó así la tradicion persiana que el baron deseaba oir.

XVI.

LA YEDRA, LA ZARZA Y LA BALSAMINA.

Sabeis, querido baron, empezó Jadihel, que la Judía y la Persia tienen su filosofía y su poesía especial que algunos encuentran llena de profundidad la primera, y de bellezas la segunda, al par que otros la califican completamente vacía de sentido á la una, y soberanamente absurda á puro de mitológica la otra. De mí se deciros; que aun aceptando el doctrinarismo que predica la civilizada Europa, me siento simpáticamente atraído á todo lo que es indígeno del pais donde ví la luz primera. Eso es causa de que lea y estudie con placer los escritos de los poetas persas. Pues bien, entre las obras escogidas de aquellos vates, *sui generis*, si quereis, se menta un poema filosófico, cuyo autor dá en él sobradísimas pruebas de haber sido un buen botánico, pues pone en accion á una porcion de flores á las que distribuye distintos caracteres y significaciones diversas. De ese poema, que ha sido una de mis lecturas favoritas, voy á recitaros un fragmento en el que aparecen en competencia tres flores bastante conocidas de las generaciones contemporáneas.

«Hijas predilectas de Flora, escuchad. Oid la historia de tres de vuestras hermanas arrojadas por el viento del destino al mundo

de las desventuras, al oasis del dolor. El Supremo Hacedor cuya inteligencia abarca el tiempo y el espacio, os dió una mision que teneis que cumplir irremisiblemente. Ningun ser viviente puede eludir obligaciones que en su transitoria peregrinacion le impone la Sabiduría increada.»

«Un faquí del Indostan tenia tres hijas. Las vió el poderoso sultan que gobernaba el pais, y quiso que brillaran en su corte al lado de las mas espléndidas bellezas. El padre rogó en vano que le dejara á sus hijas; el sultan se mostró insensible á sus súplicas, y arrancó de su lado á las que constituian su felicidad. Pero sus súplicas al soberano del cielo para que le librara de aquella desventura, no fueron desoidas como lo habian sido las que dirijió á su señor temporal. Aunque trasladadas al harem del Sultan resultaron ser invisibles para todos menos para su padre, sin perder su forma corpórea. Allí pudieron ver palpablemente el destino que las esperaba, allí comprendieron que la muger debe ser algo mas que la compañera del hombre en sus placeres, intuitivamente adquirieron la verdadera ciencia de la vida, que para las hijas de Eva debe concretarse á hacer bien, porque haciendo bien se dá la felicidad, y penetradas de ello se propusieron cumplirlo fielmente. Una usando de su cualidad de invisible se constituyó en escudo, en muralla de todo ser desvalido; otra se consagró á facilitar el alimento necesario al que sufriera hambre, y la tercera indecisa en la resolucion que debia tomar se mantuvo en una situacion expectante. Cuan lo llegó el término de sus dias el dispensator de las eternas recompensas quiso perpetuar su existencia sobre la tierra y las convirtió en tres flores arreglada las facultades de cada una á sus merecimientos. Una fué la Yedra, otra la Zarza y la otra la Balsamina, las tres plantas trepadoras y que sirven de adorno lo mismo que de otra utilidad mas positiva. Entre ellas suscítase una discusion acerca de sus cualidades y de los beneficios que podian prestar en su nueva existencia vegetal. La Yedra decia:

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)